

Las casas y el Paraíso (por Alicia Dujovne Ortiz)

Fuente: LA NACION

La autora de El camarada Carlos siempre soñó con las casas de la memoria y la imaginación, las de Besarabia, porque Besarabia es un "estado de ánimo", las de Málaga, con mayólicas o las portañas hechas de fantasmas

Mi pasión son las casas. Advértase que no digo "Mi amor son las casas" ni, menos aun, "Amo mi casa". Es que la pasión contiene el germen de su propia destrucción. Infiel, múltiple y caminadora, la pasión no puede ser feliz ni duradera. La diferencia entre el que ama su casa y el que se apasiona por ella suele estar en la nuca. El primero posa su vértebra cervical bien lubricada contra el respaldo de su sofá, justo sobre la almohadilla situada a buena altura, ni muy alta ni muy baja, mientras que el segundo anda con la cerviz crujiente y resentida de tanto darse vuelta a mirar. ¿Qué? Casas. En cada uno de sus viajes, el apasionado por esa clase de búsqueda que se satisface consigo misma, nunca con las tejas ni los ladrillos de verdad, vivirá torciéndose el pescuezo en su contemplación de lo imposible.

Lo anterior no debe tomarse como queja, sino como simple comprobación. Bien lo decía Gaston Bachelard en este párrafo que -de no haberme decidido, llegado el caso, a volverme ceniza-, podría convertirse en mi epitafio: "Tal vez sea bueno conservar algunos sueños sobre una casa en la que viviremos más tarde, tan tarde que ya no habrá tiempo de realizarlos. La razón es simple: no solo no he vivido nunca en una casa con sótano y desván, sino que tampoco lo han hecho mis padres ni mis abuelos, maternos y paternos, de quienes he recibido el secreto mandato de afiorar y anhelar dos tipos de viviendas diferentes entre sí, pero todas carentes de escalera. Soy una frustrada aspirante a propietaria de plantas bajas.

El ejemplo de Bachelard es útil para especificar cuáles casas concretas me apasionan y cuáles no. Originario de una provincia francesa, Bachelard se basaba en un concepto de casa que suponía universal: la que él mismo había conocido en su infancia. Cada parte de esa casa se relacionaba con un sector del ser humano. No recuerdo a qué correspondían la cocina o el baño, pero sí que el sótano representaba el inconsciente y el desván, los sueños. En lo que a mí respecta, ni mi inconsciente está por debajo del piso, ni mis sueños rozan el techo. La razón es simple: no solo no he vivido nunca en una casa con sótano y desván, sino que tampoco lo han hecho mis padres ni mis abuelos, maternos y paternos, de quienes he recibido el secreto mandato de afiorar y anhelar dos tipos de viviendas diferentes entre sí, pero todas carentes de escalera. Soy una frustrada aspirante a propietaria de plantas bajas.

El anhelo me viene por padre y la añoranza, por madre. Mi padre era un judío bolchevique de origen ruso, o moldavo, o rumano, o ucraniano. El incierto territorio que englobaba todas esas posibilidades se llamaba Besarabia. Comprendí el porqué de tanta incertidumbre cuando un judío de París condescendió a explicarme: "Besarabia no era un lugar, sino un estado de ánimo". Puede que proceder de un estado de ánimo, y no de una tierra precisa, incida en lo quimérico del ansia inmobiliaria.

Para mi padre, la ilusión del arraigo estaba teñida de claras reminiscencias centroeuropeas. Cuando paseábamos por nuestro barrio porteño, solía detenerse encandilado frente a alguna ingenua casita con alero a dos aguas. "¿Esa les gusta?", nos preguntaba con el aire resuelto de quien ya está por sacar la billetera para cerrar el trato. Y mi madre y yo le seguíamos el juego, sabedoras del nombre con que aquel soñador, más proclive a las revoluciones y a los viajes que a los bienes raíces, había bautizado la morada que no sería suya: Fata Morgana. Un nombre de espejismo para un criterio arquitectónico bien definido: la Fata Morgana de mi padre respondía al modelo Blancanieves y los siete enanitos en versión austrohúngara de ópera: persianas verdes con los corazones recortados en la madera, margaritas blancas y un rullo de humo celeste que sube desde la chimenea.

Aunque por vía materna la casa de los sueños no proviniera de ningún bosque junto al Dniéster, o al Dniéper, o como se llame el río que fluye en territorio anímico, sino que resultaba fácilmente localizable en una dirección más sencilla (Billinghurst entre French y Peña), de todos modos esa casa no estaba allí. Tras haber sido la casona elegante de un barrio modesto donde, hasta los años veinte, abundaron los conventillos, fue demolida sin que se le perdonase ni la mampara de vidrio, ni el umbral de mármol con el borde ondulado, ni la tira de piezas con guirnalda de yeso, ni la ristra de patios con diosmas y glicinas que terminaba allá, en la magnolia del fondo. Para aludir a ella, la familia de mi madre suspiraba blanqueando los ojos. Decir "Billinghurst" era decir el Paraíso. Perdido. Así pues, por ese lado heredé la nostalgia en estado puro: un sentimiento confiado que no requiere haber constatado en persona la realidad de aquello que se extraña, tan irrefutables resultan los lamentos de madres y de abuelas.

Por otra parte, "Billinghurst" era apenas el último de una serie de caserones míticos disueltos en la bruma. Al rememorar cascos de estancias entrerrianas, que tampoco ellas habían visto jamás, mi batallón de tías maternas sucumbía también a la añoranza crédula, gimiendo de oídas al evocar los muros de un rosa desvaído, la galería con arcadas, las ventanas con rejas y las dos palmeras, una de cada lado como montando guardia. En esos ayes acechaba el peligro: ser depositarios de casas de la memoria tal vez condene a no encontrar alojamiento en un terreno más firme donde apoyar los pies.

Se podría pensar que mi atracción por el viejo estilo, argentino o español, le ha ganado la partida a la Fata Morgana oriunda de la Mitteleuropa. En efecto, cada camino de campo (me refiero exclusivamente a los de la pampa húmeda), que se va yendo hacia un grupo de copas frondosas entre las cuales se vislumbra el rosa de marras, parecería internarse en una zona más íntima que ninguna otra. Mientras que las chozas de troncos me conmueven de lejos, a la distancia del tiempo y de las verstas; las casas chorizo (para no hablar de las coloniales con el farol y los frisos de un amarillo ocre vibrando sobre el blanco) me actualizan la furia por el despojo sufrido. ¿A qué pudo deberse su desaparición? De ese interrogante proviene el vidrio molido en la nuca al que he aludido más arriba: un perpetuo girar de la cabeza, a derecha e izquierda, tratando de ubicar la más cabal representación de aquella casa donde no nací.

No es improbable, sin embargo, que el "estado de ánimo" abarque la antigua Besarabia, para extenderse hasta la península ibérica y sus ex colonias, gracias a un elemento en común: la pasión gitana, capaz de concebir la habitación perfecta, esto es, la casa rodante. Un cuento de hadas ruso expresa la misma idea y dice así: "Había una vez una bruja llamada Baba Yaga que vivía en una cabaña montada sobre patas de gallina." La casa que se escapa corriendo, entre una carcajada y un cacareo burlón, ¿qué mejor caracterización del apasionamiento que consiste en no echar raíz?

Último momento. Mi nieta de veinte años acaba de llamarme desde Málaga. "El Paraíso está aquí", sostiene. La escucho sin demasiado escepticismo. Si me dijera que el Paraíso está en un loft de Nueva York o en un frío departamento minimalista con objetos metálicos, yo no le haría caso, pero un cortijo andaluz! Ella desliza astutamente las palabras que sabe mágicas: "Hay casas con mayólicas azules". Sintiendo el familiar cimbronazo que recorre la espalda y sale en tirabuzón por encima del cráneo, averiguo con voz enronquecida: "¿Y patios con naranjos? ¿Y un aroma de azahares?". "Sí, abu -contesta ella saboreando su triunfo-, y viejitas de rodete, muertas de risa, que sacan todas las tardes la silla a la vereda." Cierro los ojos. Ya está, ya me abanico para siempre junto a las ancianas malagueñas, mientras otra maliciosa abuelita que no habla español, ni falta que le hace, se dispone a amontonar mis mayólicas, mi silla, mi abanico y mis naranjos en su cabaña de ágiles patas listas para partir.